

PROLOGO

por EUGENIO R. ZAVALLON

La presente monografía nos ofrece un cuadro de situación que puede llamarse "triste", en el sentido de mostrar la evidencia de una realidad en que la opinión pública no repara ni reflexiona. La invención de la realidad de los medios masivos prefiere detenerse en algunos homicidios dolosos, reclamar una represión irracional contra delitos que afectan la propiedad, buscar chivos expiatorios de las contradicciones sociales que genera la grave situación económica regional en los jóvenes andinos de los sectores más carenciados, y, en definitiva —aquí como en cualquier país—, pretender que el sistema penal resuelva lo que la estructura de poder no puede o no quiere resolver, en forma que recorte y hasta aniquile los espacios de libertad necesarios para el pluralismo valorativo propio de la convivencia democrática.

En esta perspectiva no parece "triste" el penoso espectáculo de algunos medios masivos de comunicación social cuando publicitan las acciones policiales más violentas y explotan el dolor de las víctimas más humildes. Sin embargo, cuando se les hace reparar en realidades que, como las que presenta este trabajo, muestran la cara de la muerte que nos acecha cotidianamente y la inutilidad del sistema penal para contener y reducir el fenómeno, suele imputarse "pesimismo", "actitud depresiva" y otras calificativas análogas. La invención de la realidad a través del formidable aparato de propaganda del sistema penal y la intrayección de las pautas consumistas, provocan una indignación que reclama venganzas más allá de la medida tradicional contra el robo del "aterreo" del automotor, y una total anestesia moral frente al homicidio en el tránsito, aunque este último se convierta en una de las primeras causas de muerte en el país.

Esta contradicción de una tecnología de la comunicación que nos destruye cada día más nuestros vínculos comunitarios es la que pone de manifiesto el presente trabajo, en el que Sergio Rocamora se revela como un investigador inteligente e indigestible que, como otros, tendrán a su cargo la pesada tarea de desmontar, piedra por piedra, el muro que nos oculta la realidad operativa de un sistema penal, que sirve para ejercer un poder, cuya deslegitimación (o irracionalidad) es innegable, en la medida en que resulta obvio —con datos como los que aquí se ofrecen— que su resultado diría mucho de ser el que con ingenuidad casi increíble, sigue repitiendo el discurso jurídico tradicional.